

«NO SOY UN GIGANTE, SOY SOLAMENTE
UN LAPÓN». CÁNDIDO MARÍA TRIGUEROS
Y SU CORRESPONDENCIA

*«I am not a giant, I am just a Laplander». Cándido María
Trigueros and his correspondance*

María ANGULO EGEA
Universidad San Jorge de Zaragoza
mangulo@usj.es

Fecha de recepción: 14/9/2010
Fecha de aceptación definitiva: 14/1/2011

RESUMEN: Cuando Aguilar Piñal inició la ingente tarea de «rescatar» a Cándido María Trigueros del olvido puso el punto de mira en este personaje singular de nuestro siglo XVIII. Y, a pesar de que centrarse su erudición en este personaje, se conserva aún sin el conocimiento público la mayoría de la correspondencia personal que mantuvo Trigueros con las figuras más conocidas del período comprendido entre 1758 y 1798.

Estas cartas están espacialmente divididas en dos ciudades, en dos marcos culturales: Sevilla (Carmona) y Madrid.

El estudio pretende matizar al personaje, al hombre de letras del XVIII, pero, sobre todo, analizar qué función desempeñó la carta en su elaboración vital y sus vinculaciones con la construcción autobiográfica. Este epistolario refleja por lo tanto la imagen que su autor proyectó de sí mismo y de su trabajo en un medio personalista, relacional y subjetivo.

Palabras clave: Cándido María, Trigueros, epistolarios, hombre de letras del XVIII, Ilustración.

ABSTRACT: When Aguilar Piñal commenced the arduous task of «rescuing» Cándido María Trigueros from oblivion, he drew people's attention to a unique figure of the 18th century. Although focused his attention on Trigueros himself, we must also bear in mind the large volume of personal correspondence, unknown to the general public, Trigueros maintained with the most well known figures of the period between 1758 and 1798.

These letters spread out from two cities: Seville (Carmona) and Madrid.

The objective of this study is not only to explain the character of this man of the 18th century Arts, but above all, to analyse the function of letters in his daily life and their relationship with the construction of his autobiography. Therefore, these letters are a representation of the image the author projects of himself and his work in a personal, relational and subjective ambiance.

Key words: Cándido María, Trigueros, volume of letters, man of the 18th century Arts, Enlightenment.

Cuando en 1963 Aguilar Piñal inició la ingente tarea de «rescatar» a Cándido María Trigueros (Orgaz, Toledo, 1736-Madrid, 1798) del olvido y de «deshacer repetidos errores y reivindicar para la Historia de la Ilustración en España uno de sus más cualificados representantes», puso el punto de mira en este personaje singular de nuestro denostado siglo XVIII, prolífico y polifacético, «a quien todo le interesa; nada le es ajeno» (Aguilar Piñal, 1987: 72)¹. Y, pese a que Aguilar Piñal en numerosas ocasiones centrarse su erudición en este personaje², se conserva aún sin el conocimiento público la correspondencia personal que mantuvo Trigueros con las figuras más conocidas del período comprendido entre 1758 y 1798. Cuarenta años de cartas, enviadas y recibidas, con muchos de los personajes relevantes del ámbito cultural, científico, político y social de su época.

Unas cartas que nos presentan las inquietudes culturales y literarias de toda una generación de escritores; sus disquisiciones y sus intereses. Revelan el tono conversacional imperante en la época, la necesaria red de relaciones entre escritores ante el panorama de movilidad social y laboral que traía consigo la paulatina mercantilización del trabajo de escritor. Y cartas que, simultáneamente, son para Trigueros su «tarjeta de visita» y rasgo de distinción en la República literaria del Setecientos³.

1. Francisco Aguilar Piñal me ha facilitado generosamente todo el epistolario del escritor para que pueda llevar adelante este estudio y la edición crítica y publicación del mismo posteriormente. Vaya en primer lugar mi agradecimiento para este maestro y descubridor del XVIII.

2. Entre sus numerosos trabajos dedicados al toledano hay que destacar: *Un escritor ilustrado. Cándido María Trigueros* (1987) y *El académico Cándido María Trigueros* (2001).

3. «La correspondencia era aspecto relevante del curriculum de un literato» (ÁLVAREZ BARRIENTOS, 2006: 124).

Este epistolario refleja la imagen que su autor proyectó intencional y emocionalmente de sí mismo y de su trabajo en un medio personalista, relacional y subjetivo. Funcionan como documentos, como escritos «veraces», que permiten adivinar el carácter y conocer las opiniones de Trigueros, que difícilmente se podría expresar con tanta claridad frente a la censura y la autocensura.

Estas epístolas aúnan el proceso vital y profesional del escritor hasta convertirlo en una misma cosa. Su privacidad e intimidad proyectan una imagen pública concreta de Trigueros. Una imagen que iba dirigida a los de su entorno: amigos e intelectuales del momento, con una finalidad práctica y desde el espíritu socializador tan característico del Setecientos. Una correspondencia, en fin, cuya temática recuerda las conversaciones que se abordaban en las tertulias y academias del momento, con sus filias y fobias, con sus polémicas, con sus luchas de poder. Digamos que este epistolario, como los de otros hombres de letras del período, descubre los intereses y dificultades de un escritor, de un hombre que quiere hacer historia con su labor intelectual, que confía en su inteligencia, en su trabajo. No es arrogancia, sino optimismo y confianza en el hombre, en el valor de la palabra, y en sus fuerzas lo que destila este epistolario.

Un primer acercamiento a la correspondencia de Cándido María Trigueros revela un mosaico de intereses y saberes enciclopedistas, una especial atención a los estudios grecolatinos, una política cultural bien determinada y doctrinal con un fin utilitarista abiertamente declarado⁴. A primera vista estas cartas reflejan el ideal de un ilustrado que responde punto por punto a la erudición, el academicismo y el espíritu pedagógico del proyecto reformador del Setecientos. El epistolario de Trigueros nos retrata una época y nos presenta más que a un arribista a un apóstol de las letras de la República literaria del XVIII⁵.

4. Como no podía ser de otro modo en este siglo ilustrado, Trigueros declara en diversas cartas la utilidad pública de sus investigaciones filológico-literarias. En uno de estos correos, dirigido al Inquisidor General en 1776, con la intención de recuperar una serie de libros que le habían confiscado, comenta: «No soy hombre a quien puedan hacer el menor daño los fragmentos venenosos que encuentre en los libros prohibidos, y pues hay algunos que por solo este capítulo tienen licencia de leerlos y retenerlos, quizá podré seguir de VSI que, *agregándose a esta causa la de la utilidad pública y la literatura, no me niegue este subsidio que falta para poder perfeccionar las obras que tengo emprendidas y que me han costado trabajo de muchos años*, y muchas expensas en buscar libros y monumentos para hacerlas más exactas y completas» (La cursiva es mía).

5. Sigo la propuesta de clasificación de escritores de Álvarez Barrientos en *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII. Apóstoles y arribistas* (2006). Por lo que revelan estas cartas, Trigueros viene a engrosar las listas del apostolado de las letras del XVIII, más que el de aquellos que buscaban la confrontación sistemática para formar parte de su Historia literaria. Con todo, también encontramos puntualmente al Trigueros arribista, enzarzado en polémicas de mayor o menor calado público, como la que protagonizó en el *Diario de Madrid* con una serie de cartas entre 1788 y 1789. Tal y como ha señalado Álvarez Barrientos, los hombres de letras jugaron uno u otro papel según las circunstancias, «eran dos actitudes que se daban o podían coincidir en el mismo literato» (2006: 142).

Las cartas que se conservan de Trigueros abarcan desde 1758, poco antes de que el toledano se instalase en la ciudad sevillana de Carmona, hasta 1798, año de su muerte en Madrid. Toda una vida, desde sus jóvenes 22 años, pero ya miembro de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y amigo de Pablo de Olavide, hasta la madurez de sus más de 60 años como bibliotecario de los Reales Estudios en Madrid. Un largo recorrido que nos permite hacer la «disección» cronológica de la evolución de este hombre de letras: su paulatino ascenso social, sus logros literarios, filológicos y científicos, lo polifacético de su producción, pero también sus fracasos y tareas inconclusas.

Esta correspondencia nos revela la imagen del trabajador meticuloso que fue Trigueros, al que verdaderamente todo parece interesarle. En la mayoría de sus cartas solicita, a amigos e intelectuales de relevancia, datos e informaciones específicas sobre cuestiones técnicas que cubren asuntos tan dispares como filología, numismática, botánica o historia.

La cronología de las cartas refleja su proceso de producción. Le vemos escribir en el tiempo: su Historia de la religión de los primeros pobladores, sus disertaciones epigráficas, su plan de un nuevo método de estudios dirigido a una reforma universitaria, su diccionario de hebreo, sus apuntaciones a los *Idilios* de Gessner, su elogio a Agustín de Montiano, su traducción de la *Columela*, sus estudios sobre la poesía de Melchor Díaz de Toledo... Y junto a su proceso intelectual, la controversia que pudo generar en ocasiones alguno de sus escritos en el entorno cultural, las dificultades de publicación, el proceso de difusión de su obra y del propio autor, y las consecuencias de salir a la luz pública.

Sus epístolas no solo reflejan su desarrollo profesional sino también su proceso vital: sus dudas, incertidumbres y progresos. La correspondencia que mantiene con su amigo Juan Nepomuceno González de León, además de recoger aspectos profesionales e ideológicos, es sustanciosa para este estudio porque refleja un trato más coloquial, íntimo y cercano, en donde el grado de sobreentendido es mayor, pero también la información acerca de las opiniones y emociones de Trigueros. Posteriormente, en los años ochenta, también tramará amistad con Juan Bautista Muñoz. Y es fundamentalmente a estos dos amigos a quienes les confiesa su tristeza y enfermedad y la necesidad que tiene de cartas. Son estas epístolas las que nos devuelven una imagen más completa del toledano.

En una carta a González de León fechada en 1775 le declara:

Yo soy solo uno, ni aun tengo copiante, y no soy ángel sino un pobre hombre, por tanto es forzoso dar vado de unas cosas a otras. No puedo hacer más por mi amor a las letras, que trabajar de día y de noche todo el año, sin tener, desear con ansia, ni esperar recompensa alguna. Son muchos los que me ocupan, en muy varias cosas y de muy varias partes. Es fuerza que vaya uno después de otros. Acabo de hacer uno de los mejores trabajos que he hecho en mi vida, y sobre no valerme nada, lo que a otro pudiera valerle (y quizá le valdrá) muchos miles de reales, soy tan cabrón o tan hombre de bien, que en esto es lo mismo, que he remitido hasta el borrador, y

he buscado para escribirlo horas en que nadie lo vea. Quizá verá el público algo o el todo, pero (a lo menos a mí) nadie sabrá jamás que soy yo el autor; y por todo premio me quedará el oscuro premio de decir a mí solas: *sic vos non vobis vellera fertis, oves*. El mundo es así: trampas y dar, que van dando⁶.

Por medio de estas cartas con González de León, académico y bibliotecario de la Colombina de Sevilla, descubrimos la personalidad de Trigueros y ahondamos en la labor promocional que de la obra del toledano llevó a cabo su amigo.

Este epistolario está espacialmente dividido en dos ciudades, en dos marcos culturales fundamentales para entender la política literaria del XVIII: Sevilla (Carmona) y Madrid. Espacios de comunicación y focos de intelectualidad en los que se desarrolló Trigueros.

La etapa sevillana de su correspondencia, que abarca treinta años de la vida del escritor, desde 1758 hasta 1788, nos presenta el entramado cultural que giraba en torno a la Academia de las Bellas Letras, la Universidad, tertulias literarias como la de Olavide, y bibliotecas, tanto públicas, como la Colombina, o particulares como la del bibliófilo Conde de Águila. Un entramado político e intelectual que ha sido estudiado por Aguilar Piñar (1966), y del que dan cuenta estas cartas.

Los diez años restantes de la correspondencia que se conserva de Trigueros pertenecen a su etapa madrileña, de 1788 a 1798. Es aquí donde nos encontramos a Trigueros como bibliotecario de los Reales Estudios de San Isidro, correspondiente del Jardín Botánico y académico de la Historia. Ámbitos culturales y científicos de relevancia que quedan bien reflejados en su correspondencia. Bibliotecario, académico y correspondiente, tres de los pocos trabajos remunerados que permitían vivir de las letras, ya que solo de la actividad de escritor era imposible. Estos oficios, especialmente el de bibliotecario, le permitieron a Trigueros desarrollar su actividad literaria y simultanearla con una labor periodística, que le proporcionó cierta notoriedad y que le abrió puertas, pero también le generó detractores y envidias. Pocos eran los empleos literarios remunerados y la competencia por estos puestos parece que fue descarnada en este período⁷.

Por otra parte, cabe establecer otra división del epistolario por materias o disciplinas. Por un lado, las cartas que abordan asuntos filológicos y literarios, como las de Mayans, López Sedano, o Jovellanos, etc.; por otro, las que tratan cuestiones de botánica y científicas en general, como la correspondencia que mantiene con los directores del Jardín Botánico, Casimiro Gómez Ortega, primero, y con

6. Se conserva en la Biblioteca Municipal de Valencia, Colección Serrano Morales (caja 7284, n.ºs 220-242, fol. 151).

7. Para las economías del escritor en el siglo XVIII, véase ÁLVAREZ BARRIENTOS (2006: 203-253). En el caso concreto de Trigueros y de su función como bibliotecario de los Reales Estudios de San Isidro y correspondiente en el Botánico, se hace de nuevo imprescindible el trabajo de AGUILAR PIÑAL (1987) sobre su figura. Véase concretamente de este estudio el apartado titulado «La llamada de Madrid» (85-113).

Cavanilles, después; en tercer término, las dedicadas a su situación eclesiástica; en otro apartado, las que contienen asuntos de historia y de historia literaria, como la correspondencia que mantiene con Rafael Rodríguez Mohedano; y, por supuesto, aquellas más íntimas y confidenciales, con Juan Nepomuceno González de León, y algunas con Juan Bautista Muñoz, que sirven para trabar unos y otros intereses culturales.

Este estudio de la correspondencia de Cándido María Trigueros pretende matizar al personaje, pero, sobre todo, analizar qué función desempeñó la carta en su elaboración vital y sus vinculaciones con la construcción autobiográfica. Por ello, se va a realizar un análisis conjunto de su correspondencia extrayendo datos y reflexiones de Trigueros que nos ayuden a conocer mejor a este representante de la Ilustración española.

«HÁBLEME LARGO QUE ESTOY MUY TRISTE»

Cándido María Trigueros ni era de familia rica ni tenía un mecenas, pero, como otros escritores de la época, encontró «un protector», su tío, y fue, como en otras ocasiones, la Iglesia, por medio de un beneficio eclesiástico, lo que permitió a Trigueros, dedicarse al estudio. Este beneficio le obligó en 1756 a trasladarse a Carmona desde Sevilla, y es, en este momento, cuando aparece la correspondencia que manejamos.

Carmona es el lugar desde el que escribe la parte más importante de sus cartas, hasta su traslado a Madrid en 1786. La necesidad de mantener el contacto con aquellos que eran sus amigos y contertulios del círculo sevillano fue el motivo que le impulsó a escribir estas cartas. Así encontró una vía de escape de la tristeza que le producía el aislamiento en Carmona, al tiempo que el correo se convertía en el medio por el que conseguir los materiales que necesitaba para sus estudios. En las cartas de esta etapa, se recoge el día a día de sus investigaciones y su consulta a otros intelectuales sobre avances, hallazgos y dudas. Gracias a ellas logra los ejemplares que no encuentra en Carmona y mantiene una fructífera red social de comunicación con sus colegas de la Academia de las Buenas Letras de Sevilla.

Su inicial tristeza por el cambio de residencia y la añoranza de sus amigos, se ve acrecentada por una enfermedad que le mantiene postrado en diversas ocasiones. Es en este momento cuando le declara a Juan Nepomuceno González de León: «Estoy triste y ciertamente comienzo a conocer la falta de Sevilla y los amigos. Y el médico vuelve a decirme que me case. No obstante me siento bueno aunque magro». En 1785, también desde la confianza de la amistad, le declara a Juan Bautista Muñoz: «recibí tu carta estando triste como acostumbro, y enfermo; pero me llenó de alegría y fue para mí más preciada que el oro». Tristeza y enfermedad se convertirán en dos señas de identidad del toledano en Carmona.

Trigueros, en algunas cartas, utiliza el asunto de su enfermedad para disculparse por no haber realizado determinado trabajo. Enfermedad y melancolía forman una vez más, como ha señalado Álvarez Barrientos (2006: 146-155), las formas más extendidas de representación del escritor. Digamos que Trigueros en parte «literaturiza» su enfermedad y su tristeza como causas que le impiden llevar a cabo su estudio. Esta es la única perspectiva que delata una atención al cuerpo que se presenta de manera inequívocamente vinculada a su ocupación intelectual, primer y último interés del escritor. Aunque no se sabe exactamente qué tipo de enfermedad padeció, por su correspondencia sabemos que su salud fue siempre muy delicada.

Muchos son los correos que le envía a González de León, su amigo más cercano, en los que pormenoriza aspectos de sus convalecencias. A lo largo del año 1771 debió de pasar por bastantes momentos malos de salud. En una de las primeras cartas que le escribe, le comenta: «Muy señor mío: Por estar en la cama sangrando no contesto largamente a la última con que Vmd. me favorece por encargo de la Real Academia de las Buenas Letras...» Excusa, como vemos, para no atender a su trabajo, pero también para disculpar la brevedad o ausencia de su correspondencia. Más adelante especifica el tratamiento que le están aplicando: «Tres sangrías me han impedido que responda antes. Hágolo ahora mejorado, breve y por partes».

En esta carta se queja además de que anda escaso de dinero. Otro tema relevante y que pone de manifiesto la subsistencia y dependencia de los escritores, así como la posible precariedad desde la que llevan a cabo su trabajo, aunque la queja y actitud pedigüeña de los mismos también se puede entender como un lugar común en esta época⁸.

Trabajo intelectual que si, por un lado, no se veía del todo recompensado económicamente, por otro, había que justificar dentro de los parámetros utilitaristas y mercantiles que ya comenzaban a regular los intereses de la sociedad moderna. La correspondencia de Trigueros con Mayans o con Rodríguez Mohedano muestra esta realidad, como se verá en detalle.

En otra carta de Trigueros a «persona desconocida», también de 1771, habla de nuevo de su enfermedad, por cuya causa no ha podido avanzar lo que quisiera en un trabajo importante para la Academia. Comenta su autor:

8. Era frecuente el que los escritores se dirigieran a los políticos y funcionarios administrativos pidiendo ayudas económicas y puestos concretos. Hay numerosas peticiones de este tipo que se conservan en el Archivo Histórico Nacional, sección Estado, que verifican las condiciones difíciles de muchos de los que se dedicaban a escribir e intentaban publicar. Moratín, por ejemplo, en la primera carta que se le conoce del 21 de agosto de 1782, solicitaba la plaza de mozo de oficio en la Real Guardajoyas, que se hallaba vacante, alegando que era en ese momento suplente y en compañía de «su pobre madre viuda, deseoso de lograr algún destino en la real casa, a imitación de su abuelo, padre y tío que sucesivamente han servido en ella» (ANDIOC, 1973: 35).

Los señores de la Academia crearán desde luego, que si Dios me ha impedido cumplir a tiempo con un precepto suyo, que resulta en honor no menos mío, que del cuerpo que amo y cuyos lucimientos deseo muy de veras, solo este Señor irresistible era quien me lo podía impedir. No obstante de mi enfermedad, y en medio de ella, he hecho hacer diligencias y averiguaciones por toda la Bética, y de ello han resultado varias cosas que podrán hacer honor a la Academia después de Pascuas...⁹.

Al margen del uso de la enfermedad para reforzar su afán de superación y su amor a las letras, su apostolado literario se aprecia por la constante vinculación de su trabajo a los intereses o al «honor» de una institución: la Academia de las Bellas Letras de Sevilla, en este caso. El toledano forma parte de una comunidad cultural que da refrendo a su saber y se convierte en autoridad competente para valorar, difundir, publicar, o incluso remunerar el mismo. Si bien su economía dependía del beneficio eclesiástico de Carmona, Trigueros muestra en su epistolario lo claro que tenía que sus esfuerzos intelectuales y el reconocimiento de los mismos estaban en función de una política cultural y social cuyo caldo de cultivo eran las instituciones, academias, universidades y ciertas tertulias, como la de Olavide en su momento en Sevilla. Su prestigio y profesionalización dependían del valor que diera a sus escritos esta comunidad a la que pertenecía. Las cartas de Trigueros muestran todas las vías abiertas por el escritor a lo largo de su vida para formar parte de esta intelectualidad y, desde luego, para conseguir un puesto que le posibilitara la autonomía económica que le permitiría seguir dedicándose a «vivir de la pluma». Proceso laborioso que alcanzó su máximo exponente cuando ocupó el cargo de bibliotecario de los Reales Estudios en Madrid.

Los escritores del XVIII comienzan a dar señales de su concienciación en tanto que autores, y de su relación con la política cultural. Aspecto fundamental de la profesionalización del escritor que ha subrayado Martínez Martín (2009) para el siglo XIX, pero que puede verse reflejado en el proceder de escritores anteriores que ya entienden que «el concepto de *autor* engloba no solo la elaboración intelectual de un texto, sino que constituye el reconocimiento legal y social de la singularidad de su creación» (2009: 18). Y este reconocimiento solo se da si el trabajo coincide con los parámetros culturales de aquellos que tienen el poder político y cultural en cada momento. Trigueros lo sabía y organizó todos sus movimientos con este objetivo. Supo hacerse un hueco entre los pocos que lograron vivir de las letras. Sus cartas dan cuenta de sus intenciones, de las puertas a las que llama y de lo que quiere demostrar. De la pasión por su trabajo y de su deseo de dedicarse plenamente al estudio. De ahí, su carteo con determinadas personalidades del momento y su alabanza concreta de algunos antiguos y de otros modernos.

9. Se conserva en la Biblioteca Municipal de Valencia (Col. Serrano Morales, 728-73, 220-242, fol. 202).

«¿DÓNDE HA IDO A PARAR MI JUICIO?»

La seriedad y el academicismo que destila la producción de Trigueros nos ha dejado oculto su sentido del humor, en ocasiones menos sutil de lo que cabría pensar. Pero, junto a esta seriedad y cierto espíritu melancólico (tan tópico en la intelectualidad), en las cartas de Trigueros encontramos toques de ironía que nos muestran la cara más humana de este incansable trabajador. Su correspondencia destapa este lado risueño del toledano, que tan solo se podía entrever en algunos de sus textos, como el *Teatro español burlesco o Quijote de los teatros*, testimonio de su capacidad humorística, en tanto que parodia del mundo editorial y libresco de la época¹⁰.

Muchas de las cartas que le escribe a González de León muestran guiños e ironías puntuales, como la de llamar a su amigo «Señor Don queja en pie». El tono relajado y desenfadado con el que se dirige al bibliotecario de la Colombina aporta detalles de la personalidad de Trigueros poco conocidos y afilan algo su carácter.

Al poco tiempo de estar en Carmona, le escribe una carta a González de León en la que da cuenta de su aburrimiento y parodia su situación y la austeridad y recato desde el que ejerce su labor. Tanto es así que dice el toledano que esta actitud ha llegado a influir en su escritura y en su discurso. De tal modo, que, todo lo que hace, le suena a sermón. Por este motivo, comenta, entre burlas y veras, ha decidido tomar medidas. La principal consiste en salir a la calle y distraerse en esa pequeña ciudad en la que habita. El asunto está en que la única compañía de que dispone para esta incursión en la vida pública carmonense es el sacristán de la iglesia de San Bartolomé. A este religioso le va a solicitar que se retire «del púlpito» por unas horas y le lleve a los lugares de encuentro de la ciudad.

Con la habilidad retratista del viajero, Trigueros relata a su amigo en qué puede convertirse su experiencia, teniendo por guía al religioso y por actitud propia el sermonear. Fabula Trigueros lo que le sucederá cuando el sacristán

Me lleve a la casa del cura, pero no, que le echaré allí otra plática, que le coja a él y al que le da el recado: a la taberna, tampoco, que predicaré sobre el *inmodicum vinum pestis*: a la fonda, menos, que me agarraré del *Vae illis quorum Deus venter est*: a las casillas de... Dios nos guarde, que tomare el tema de *in corde suo moechati sunt*, o más al caso, de *qui intrans in perditionem intrans*: a los toros, no, que excluiré *spectacula sanguinum, fornicatio cordis*: o si no bestias *sequuntur, a Deo autem recedunt*: a la tienda, tampoco, porque gritaré *ludunt ut pereant, lusus*

10. Y con todo, esta obra no fue publicada hasta 1802 después de su muerte y además venía firmada por el pseudónimo de Crispín Caramillo. Véase el estudio y edición crítica de Rodríguez Sánchez de León (2001).

enim omnis a diabolo est... Pues, ¿dónde me ha de llevar, porque él no va a otra parte? Adonde no vaya él, con esto estaré seguro de ir al infierno¹¹.

De este modo revela su hastío y lo que añora el círculo de amistades sevillanas, al tiempo que la descripción nos muestra los espacios de sociabilidad de una ciudad pequeña del siglo XVIII. Con todo, de su vida cotidiana en Carmona poco se sabe. Por la correspondencia se deduce parte de su relación con los frailes y las monjas con las que convivía y algún trato con la gente del pueblo que le ayudaba a la hora de localizar materiales e inscripciones, y con los envíos que le llegaban de Sevilla y Madrid, y poco más. Seguramente su estancia tendría sus momentos de luz, pero en las cartas más personales Trigueros suele revelar su tristeza por el aislamiento en el que se encuentra. A Juan Bautista Muñoz le declara que en esta urbe «me embrutezco, alejado de la sociedad, y me aparto incluso de las propias musas, llevado por el hastío» (junio de 1785).

La ironía de Trigueros se perfila en otra carta posterior, también dirigida a González de León, en la que inventa unas coplillas subidas de tono para un conocido de ambos que tiene una novia hermosa, pero gorda. Se escapa aquí Trigueros de la doctrina de Daniele Bartoli volcada en *El hombre de letras*, que recomendaba para ser un modélico escritor no componer poesías lascivas, ni ser satírico, ni mordaz, ni orgulloso¹². A decir verdad, estos consejos no los siguió escritor alguno en el XVIII, pero tampoco en el XIX, ni creo que en el XX, ni en nuestros días. Las estrofas de Trigueros no tienen desperdicio:

Dichoso el que está tan flaco
para tenerla tan gorda,
y que la pringa en su pan
como torrezno de gloria.

Dichoso el que en tales años
de miseria y de zozobra
tiene tan buena cosecha,
sin escasez ni langosta.

Dichoso el Don Pergamino
que escribe en ella a sus solas,
sobre su genealogía,
la eternidad de su historia.

11. Se conserva en la Biblioteca Municipal de Valencia (Col. Serrano Morales, 7284-73, 220-242, fol. 169).

12. Doctrina de la que podría tener noticia el toledano ya que este texto de 1687 fue reeditado dos veces en el XVIII, en 1744 y en 1786, y, por tanto, conocido y divulgado en la época (ÁLVAREZ BARRIENTOS, 2006: 135).

Dichoso el señor Don Hueso,
que a su perfección se asoma,
sin que feo verse pueda
si se mira en ella sola.

Dichoso el que, tras bonita,
tan retunanta la logra
que puede darles cien vueltas
a los bobos que la rondan.

Y remata la carta con el siguiente comentario sobre su salud mental:

Pero, me sabrá Vm. decir ¿dónde ha ido a parar mi juicio? Abrenuncio, espíritu poético. Hablemos en castellano: si está esa dama tan linda y tan gorda, dichoso su marido, que es para quien destinó el cielo todas esas gracias. Los demás podrán, según creo, encomendarse muy devota y gloriosamente al Apóstol (sin San) Judas de Scariot, que es protector de los Iphis. Y ¿qué quiere decir esto? Que es grande amigo de los enamorados. Se ahorcan por infelices¹³.

Burla un tanto misógina, que recoge parte de la tradición erótico-burlesca del XVIII¹⁴, pero que además refleja su concepto del amor o de los enamorados como un par de infelices, engañados y dirigidos por el mayor representante de la mentira: Judas. A Trigueros no se le conoce relación sentimental alguna. Y en esto también viene a consolidar la imagen tópica del escritor solitario, huraño e incomprendido. Amante de su trabajo y de sus libros pero con serias dificultades para las relaciones afectivas o para el compromiso, siempre que no sea el intelectual. Un hombre de letras, de libros, un estudioso enclaustrado en el pensamiento, en la razón y la reflexión, «un sabio», pero desvinculado de la emoción sentimental, un hombre torpe en lo social. Imagen de escritor que se ha reproducido a lo largo de la historia y que pone de relieve la importancia de los sentimientos para poder socializarse en el incipiente mundo burgués del XVIII. De hecho, la imagen del hombre sensible como representación de la moderna sensibilidad masculina fue recurrente en las diferentes manifestaciones culturales del Setecientos. Y, por ello, como consecuencia de la nueva sensibilidad y sociabilidad burguesa, también es en el Siglo Ilustrado, cuando empiezan a cuestionarse, porque existían de facto, las «mujeres de letras» o la idea misma de escritora¹⁵.

13. Se conserva en la Biblioteca Municipal de Valencia Col. Serrano Morales (caja 7284, n.º 20-242, fol. 207-208).

14. Para este asunto en el siglo XVIII, véase la introducción de Emilio Palacios Fernández a su edición de los cuentos eróticos y burlescos con una coda de poesías verdes de Samaniego (2004, 42-91). Siguiendo la tradición misógina, escribió Trigueros algunas otras piezas como su *Sátira contra el pintarse* o su *Cantinelina contra las mujeres*.

15. Sobre las escritoras y la escritura femenina en la República de las Letras, véanse los estudios de Mónica BOLUFER (1998, 1999).

«YO CON NADIE QUIERO ESTAR MAL AUNQUE NO SÉ SI LO CONSEGUIRÉ»

A pesar de esa tristeza y de la ironía puntual que destila la correspondencia de Trigueros, lo cierto es que el rasgo sobresaliente de su carácter es una convencida actitud moderada y ecuánime frente a la extremada, partidista y polémica de algunos autores de la época, que le atacaron en ocasiones directamente. En un interesante correo de 1777 dirigido al Padre Lector, Trigueros muestra su rechazo a estos arribistas. Y pone de manifiesto su incompreensión hacia este tipo de actitudes radicales a raíz de las invectivas recibidas de un anónimo autor en un papel titulado *Viaje al cielo a pie y con alforja*. Apunta Trigueros al religioso:

Si yo fuese un escritor que zahiriese, no extrañaría que me zahiriesen. Si yo me apegase a algún partido en particular, no me admiraría que lo de otro me acometiese; pero cuando ni tengo ni sigo parcialidad ninguna (ni permita Dios que yo sea jamás tan loco) que no sea lo que me está mandando seguir; cuando a nadie procuro ofender, y estoy prontísimo a pedir mil sinceros perdones al que por inadvertencia ofenda injustamente; no puede dejar de maravillarme que haya cabezas tan desfondadas, que sin qué ni por qué traten de un modo tan inicuo a un próximo inocente.

Trátanme de loco, de ignorante, de embustero, de materialista, de hereje. Dios que sabe ser una notoria y falsísima calumnia los dos últimos títulos, sabe a quien pertenecen los tres primeros. Sabe que de todo corazón le perdono, sea quien fuere, y que clamo continuamente en lo íntimo de mi alma: *Pater, ignosce illis quia nesciunt quid faciunt*. En efecto, solamente una enfermedad pudiera dictar los papeles de que hablo. Dios cure a sus autores¹⁶.

Imparcial, templado y respetuoso es como se ve Trigueros frente aquellos que le consideran ignorante, embustero y materialista. Imaginamos que ni tanto de lo uno ni de lo otro, seguramente también habrá que abogar por un justo medio en la apreciación de la figura del toledano. Cordura y racionalidad frente a locura y herejía. Polaridad terminológica tan característica de los parámetros del XVIII. Extremos que reflejan tanto los detractores de Trigueros como él mismo, que solo puede comprender la maledicencia como señal inequívoca de desequilibrio y enfermedad mental.

No se limita a esto Trigueros, sino que ridiculiza al papalista por ocultar su nombre. Muchos fueron quienes en el XVIII se ocultaron en el anonimato o tras el pseudónimo (el mismo Trigueros firmó su *Quijote de los teatros* como Crispín Caramillo) para llevar a cabo sus sátiras. Y muchos, como Trigueros, se quejaron y denunciaron esta práctica por diferentes motivos, como Torres Villarroel, Martín Sarmiento o Mayans. Siguiendo las ideas expuestas por Álvarez Barrientos (2006), lo cierto es que Trigueros, en esta carta al religioso, apela a la obligación moral

16. Se conserva en la Biblioteca Municipal de Valencia (Col. Serrano Morales, 220-242, fols. 154-155 v.)

religiosa de declarar la autoría de las palabras y los hechos frente a la prudencia política y espíritu laico. Una conciencia más bien ética que reflejaría años después Vargas Ponce en su *Varapalo al pasagonzalo*, al afirmar que: «los anónimos son en la República Literaria lo que las máscaras en la república de las carnestolendas. La inveterada y no interrumpida costumbre les ha concedido y sancionado la regalía de decir verdades picantes, que no son corrientes sin este disfraz» (1818: 16. Cito por Álvarez Barrientos, 2006: 139).

Al mismo tiempo, el toledano, en la epístola que venimos comentando, aprovecha para exponer su concepto de la literatura, en tanto que ficción, que invención verosímil, así como nos muestra que aún seguían vivas disquisiciones religiosas pretéritas, como las que trajo en su día la asimilación del Sistema Copernicano o la Física atomista de Descartes y Gassendi, que tantos quebraderos dieron a los *novatores* en su momento¹⁷. En palabras de Trigueros:

¿Cómo era posible que se ignorase el autor de quien hace acusaciones tan atroces, tan no probadas, si la enfermedad de su alma no le hiciese tirar la piedra y esconder la mano? ¿Ni cómo es creíble que las ficciones poéticas y de imaginación en el anillo de Saturno, el uso del sistema copernicano, ni la expresión de átomo pensante aplicada a nuestra mente o alma, pudiesen causar novedad a quien no tuviese tan enferma el alma en la voluntad como en el entendimiento? ¿Es imaginable que no distingán una ficción poética, de una mentira historial? ¿O que no sepan que sin invención no hay poesía épica? ¿Que la invención es la que distingue los poetas de los coplistas? ¡Y que esta sea una verdad de todos los tiempos y todas las naciones!¹⁸.

Ficción verosímil, mentira historial. Saberes científicos puestos en tela de juicio y concepciones estéticas utilizadas para desacreditar al papelista que, a ojos de Trigueros, además de un enfermo, es un coplista y roza la herejía.

La prensa de la época se hará eco de otras polémicas de Trigueros, publicando cartas de éste y de sus «adversarios». Para la prensa, estas cartas responden al modelo estándar de la crítica literaria del momento, cuando «la marca epistolar no es otra cosa que un rasgo retórico de lo que, desde el principio hasta el fin, no deja de ser un artículo periodístico» (Romero Tobar, 2002: 12). En concreto el *Diario de Madrid* dio cuenta de un encontronazo de Trigueros con Forner (de los muchos que tuvo el extremeño, un verdadero arribista en la República Literaria) a raíz del artículo que escribió Sempere Guarinos sobre la figura y obra del toledano en su *Biblioteca de autores ilustres*. La réplica a Forner se la dio Trigueros también por una carta al periódico¹⁹. Las críticas teatrales que realizó durante 1788

17. Para el nuevo discurso científico abierto en primera estancia por los novatores de principios del XVIII, véase PÉREZ MAGALLÓN (2002, 125-142).

18. Se conserva en la Biblioteca Municipal de Valencia (Col. Serrano Morales 220-242, fols. 154-155 v.).

19. Esta extensa respuesta fue recogida y publicada por AGUILAR PIÑAL en 1987: 343-358.

en el *Diario de Madrid* también sirvieron a otros para polemizar con el toledano²⁰. La mayoría de las cartas que se conservan de Trigueros en Madrid son las de las diferentes polémicas publicadas en la prensa.

Sin embargo, la tendencia de Trigueros fue siempre la de evitar la confrontación y tratar de buscar el justo medio. Con ocasión de una censura que le encargaron, le dice en carta a su amigo Juan Nepomuceno González de León que, a pesar de que el texto deja mucho que desear: «No quiero ponerme a mal con nadie y mi ánimo es apreciando mucho al autor y a su obra (que parece hecha de prisa) procurar que salga de modo que todos la estimen. Entretanto dígame Vm. que yo estoy muy conforme con lo dispuesto, pues no tengo empeño en nada sino en que salgan bien las cosas de la Academia». De nuevo, la mesura y una vez más su responsabilidad con la buena marcha de la Academia de las Bellas Letras de Sevilla, a la que pertenece y de quien depende. En definitiva, tal y como declara en otra de sus cartas y que da título a este apartado: «Yo con nadie quiero estar mal, aunque no sé si lo conseguiré». Con todo, según avanzan los años, y en la medida en la que Trigueros adquiere seguridad y estatus, su discurso resulta más rotundo, menos condescendiente. Es cierto que de su etapa de madurez, del período en Madrid, lo que más se conserva son las cartas publicadas en los periódicos, que responden, como se ha dicho, a un género literario concreto, a artículos críticos y polémicos; pero, aun así, en esta etapa escribe con mayor seguridad y aplomo, como revelan las cartas que le dirige a Antonio Capmany con motivo de una publicación para la Academia de la Historia a finales de 1796.

«NO BUSCO ALABANZAS, VERDADES PIDO»

Este carácter moderado y relativamente ecuaníme que se le exigía a cualquier hombre de letras del siglo XVIII, trata de reforzarlo en su correspondencia con significativos alardes de discreción y de juicio mesurado. El intelectual reitera en sus cartas a unos y otros que no persigue glorias o laureles por su trabajo, sino el conocimiento. Así concluye una de las cartas que le envía a Juan Nepomuceno González de León: «Dígame con claridad lo que de cualquier cosa mía oiga; yo no busco alabanzas, verdades pido; y verdades son las que me pueden servir». Está claro que le interesa saber lo que se opina de su trabajo. En esta carta pretende conocer el valor que le dan al *Idilio* y a la biografía o elogio que ha escrito de Agustín de Montiano. Con estas obras, pretendía, lógicamente, homenajear al erudito siguiendo una costumbre propia de la Academia y dentro de los parámetros ideológicos y culturales que acompañaba a este tipo de textos, noticias, memorias o biografías, que tenían la intención de colaborar en la construcción de la historia literaria. Montiano fue maestro de Trigueros en el Madrid de principios de

20. Un análisis exhaustivo de esta polémica teatral puede verse en AGUILAR PIÑAL (1986).

los cincuenta, cuando el vallisoletano organizaba una tertulia en su casa, tras la desaparición de la Academia del Buen Gusto. Trigueros aprende allí el mensaje poético renovador de Montiano, que seguía de cerca las tesis de Ignacio de Luzán y que daría cuerpo a la primera generación de lírica neoclásica (Aguilar Piñal, 2001: 174).

Sin embargo, atendiendo a la moderación a la que se aludía en el apartado anterior, cuando Trigueros conoce la discrepancia de opiniones que suscita la figura de Montiano en la Academia, decide retirar sus textos, principalmente, para no crearse enemistades. Una carta del 19 de julio de 1772 también dirigida a González de León pone de manifiesto las rencillas que existen tras el caso de Agustín de Montiano:

De Madrid dice Vm. que han escrito que no se ponga elogio ninguno del Sr. Montiano y que, no obstante, ha resuelto la Academia poner mi *Idilio* sobre esto. Ya que se me abre la puerta quiero y creo que debo hablar lo que siento. Si yo no fuera tan naturalmente enemigo de que alguno pueda mirar que yo miro mis fines particulares y los hago pretexto para influir en las determinaciones del sabio cuerpo que venero, no hubiera remitido con destino a publicarse a la Academia, ni la vida de aquel venerable erudito, ni el idilio sobre su muerte, porque ciertamente no le conviene a la Academia su publicación en el día. Pero quise pasar plaza de hacer sistema separado del cuerpo el no convenir aquella publicación consiste, sin otras muchas razones, en que don Pedro Rodríguez de Campomanes en asuntos literarios, es declarado enemigo del Sr. Montiano. Don Eugenio Llaguno y Amirola escribió por orden de la Academia Española, cuyo secretario era, un excelente elogio del señor Montiano, sobre una inimitable Historia de la Academia que tenía escrita; por este motivo se suprimió uno y otros. Por tanto, ruego a Vm. que no se imprima el *Idilio* y si se quiere, ya que no tengo a la mano versos cuyo asunto sea digno de la Academia, llevaré cuando vaya una oración sobre el estudio de la lengua hebrea²¹.

Está claro que el problema lo plantea Campomanes, y Trigueros no está dispuesto a tener un conflicto con el nuevo director de la Real Academia de la Historia, quien ya se había atrevido a impedir la publicación del *Elogio* a Montiano, que había llevado a cabo quien fue su amigo y colaborador Eugenio Llaguno. Esta carta de Trigueros pone de manifiesto una vez más las disensiones existentes entre los intelectuales del Setecientos y el terreno resbaladizo en el que se desenvolvía Trigueros²². En 1785 se queja, en una carta a Juan Bautista Muñoz, del silencio de los intelectuales amigos, a raíz de un opúsculo que está a punto de publicar y de la causa abierta contra Juan Pablo Forner. Trigueros comenta al respecto que «Jovellanos calla. Llaguno guarda silencio. Y —te vas a extrañar— hasta el mismísimo

21. Se conserva en la Biblioteca Municipal de Valencia (Col. Serrano Morales caja 7284 núms. 220-242, fols. 139-140).

22. El *Idilio* de Trigueros sobre la muerte de Montiano y Luyando fue publicado lo más completo posible por AGUILAR PIÑAL (1997: 7-19).

Lerena, que fue el héroe de mi poema, calla también. [...] No voy a admirarme por ello. Pero sí me extrañaría que tú callases como los demás. No quisiera que te comportaras como ellos»²³.

Sin embargo, y a pesar de las tensiones inevitables entre los intelectuales, esta correspondencia pone de relieve el interés común de los académicos por unir sus esfuerzos al servicio de la Historia y en pro de una institución en la que creían y consideraban relevante. Por ello, Trigueros en la carta sobre el asunto de Montiano de 1772 rectifica con rapidez. Si no es pertinente su biografía e idilio del poeta recién fallecido, se ofrece para colaborar con otra publicación. El caso es formar parte de esa elite cultural y dar valor a la República Literaria. Eran conscientes de la utilidad pública y, desde luego, privada, de la Academia.

«NO TENGO YO EMPEÑO EN QUE SE PUBLIQUE OBRA MÍA»

Otro asunto que encaja en este carácter templado del toledano y poco dado a reconocimientos es la reiteración con la que manifiesta en sus cartas la escasa intención de publicar sus trabajos; repetición que en sí misma revela cuando menos una preocupación. Trigueros era un admirador de los libros, tenía una buena biblioteca según comenta González de León en carta a López Sedano. Entendía el libro como objeto valioso en sí mismo, sus cartas demuestran este fetichismo del toledano, que responde a la nueva consideración del objeto-libro que se consolidaba en el XVIII (Álvarez Barrientos, 2006: 229). No es baladí, por mucho que se trate de una burla, que el protagonista de su *Teatro español burlesco* relate e ironice sobre las peripecias de un joven que quiere publicar su obra. ¿Cómo no iba a interesar a Trigueros ver sus esfuerzos de erudición plasmados en una edición impresa? ¿Qué temores o inmodestia se oculta tras este rechazo a publicar?

En la primera carta que se conserva de Trigueros, y que dirige en latín a Gregorio Mayans (11-12-1758), ya habla de esta falta de aspiración por publicar: «Ni mandé nada a la imprenta de todas estas obras ni espero publicar nada nunca. Son solo balbuceos para mí mismo y para las Musas. Si quisieras corregir alguna de las cosas con las que me he entretenido jugando aceptaría encantado tus correcciones». Declaración a la que responde con otra carta (20-1-1759) el erudito valenciano, un tanto estupefacto: «Yo siento que Vmd. me diga que no ha impreso ni piensa imprimir obra alguna. ¿Para qué fin tanto trabajo? ¿Para qué tanto caudal?». E insiste en otro correo del 10 de marzo de 1759, aunque en este parece comprender algo más la actitud de Trigueros y por ello diserta sobre la relevancia de los trabajos que llevan a cabo y sobre el porqué invierte sus energías en este tipo de estudios. Declara Mayans: «De las artes liberales no se hace caso, porque

23. Esta carta está escrita en latín, pero fue traducida por Luis Alberto de Cuenca y Cira Morano para Francisco Aguilar Piñal.

no dan de comer. El estudio de las lenguas orientales se siente por inútil y aún por dañoso. Es pura maravilla que uno y otro aproveche, y esto solo se ve en los que estudian por diversión [...] Yo no ceso de trabajar; pero por diversión. Un rato voy recogiendo ejemplos de gramática latina; otro para la castellana; otro leo, y apunto para lo que pueda ofrecerse; y así evito la ociosidad»²⁴.

Ociosidad, mal a erradicar en la cultura ilustrada. En la que ni Mayans ni Trigueros se dejan atrapar porque ambos dan muestra de una infatigable labor investigadora de gran erudición. Entre otras cosas, porque tal cual se estaba desarrollando la sociedad, se veían obligados a justificar su tarea, ya que no se comprendía su trabajo, ni la utilidad del mismo. Así que era fundamental no parecer ocioso y demostrar que sus estudios servían para algo.

En otra carta, de nuevo a González de León, Trigueros vuelve a manifestar su escaso interés por publicar. Sin embargo, esta falta de interés por la publicación de sus obras y estudios parece más bien producto de la falsa modestia. Dice en esta carta: «No tengo yo empeño en que se publique obra mía, aunque ahí [en los textos que tiene su amigo] no solo debe de haber las dos [erratas] que Vm. me cita, sino más de una docena, solo la tengo en que no se publique ninguna sin que yo la retoque». Probablemente hubiera cierto miedo o respeto a la edición, así como a su exposición pública, porque lo que sí que tiene claro, por lo que le dice a su amigo, es que de editarse esos trabajos, quiere corregirlos.

Jovellanos, en una ocasión posterior, refiriéndose a la escritura de creación, al quehacer poético de Trigueros, que había sido publicado, y a raíz de las polémicas y comentarios que provocaban sus poemas, recomienda al toledano que se lo tome «con cachaza». Y añade: «déjese de poesías, que son la piedra de choque donde tropiezan nuestros aprendices de literatos, y trabaje en las obras proyectadas, de que hemos hablado tantas veces, y en las cuales tendrá usted menos envidiosos, porque acaso no habrá quien presuma de sus fuerzas la capacidad de competirle. Esto sí que ofrece una posesión de gloria más colmada y tranquila» (9 de noviembre de 1786).

«ES BASTANTE MOZO PARA LO QUE HA TRABAJADO»

Quizá fuera esta falta de empuje la que hizo que Juan Nepomuceno González de León ejerciese una labor de editor con Trigueros. En verdad fue quien se encargó de difundir, promocionar, en la medida de sus posibilidades, los trabajos de su amigo, como se puede apreciar en muchas cartas. La primera de las cartas que se conserva en la que González de León ejerce de intermediario de la producción de Trigueros, es con Juan J. López Sedano, del 21 de abril de 1774; y reza:

24. Esta correspondencia entre Trigueros y Mayans fue publicada por AGUILAR PIÑAL (1987: 329-337) en latín y castellano, traducida por Luis Alberto de Cuenca y Cira Morano.

Muy señor mío:

La carta impresa en el adjunto papel dice a Vm. el atrevimiento que me he tomado y las causas que me han movido para ello y que quizá me disculpen.

Esta sólo sirve de suplicar a Vm. que perdone este atrevimiento y, si acaso es lícito pasar algo más adelante, de rogarle me diga sinceramente su parecer sobre mi empresa y sobre mi elección. Ningún voto anhelo saber más sobre el método de estas obrillas de un amigo que el de Vm. que tan notorio derecho tiene para ser juez de tales cosas.

Tiento el vado al público con presentarle estos papeles, si fuere posible, recibido y alentado quizá podré alargarme a cosas mayores, no sólo de este autor y no sólo en verso.

El autor de estas obrillas, que siempre ha recatado su nombre del público, a instancias de Don Pablo Olavide, Don Francisco de Bruna y de otros sujetos, ha traducido las obras de Virgilio, Homero y algunas otras de varios idiomas; deseo quitarle la vergüenza y el temor, y que no carezcamos de obras que me parecen muy dignas de aprecio. Sea como fuere, ahora sólo pretendo el dictamen de Vm. sobre esta friolera que publico y que esto me sirva de pretexto para ofrecer a Vm. mis respetos, como a una de las personas que más admiro.

Nuestro Señor dilate a Vm. su vida muchos años. Sevilla y abril 21 de 1774.

Beso la mano de Vm. su mayor servidor. Juan Nepomuceno González de León²⁵.

Poco más adelante le escribe otra carta en la que se hace mención de la biografía de Trigueros y comenta que «es bastante mozo para lo que ha trabajado» y que hace pocos años se trasladó a un pueblo del arzobispado de Sevilla

donde tiene un beneficio, no a servirle porque no es sacerdote sino solamente subdiácono, mas a estar con menos gasto y desahogarse, y allí permanece retirado en un convento de carmelitas descalzos, hecho un filósofo, pobre y alegre que, según dicen los mismos religiosos, los edifica y los instruye, ya con su trato, ya con su buena librería [...] Cuando viene a Sevilla viene huésped a mi casa, donde tengo mucho gusto en tratarle despacio, porque no es de aquellos vanos y presumidos que muestran lo que saben a primer folio, habla poco y en cosas de ciencia rara vez y solo, o consultado, o con personas entre quienes no haya riesgo de parecer vano, afectado o pedante; entre los demás difícilmente muestra su fondo.

Es bien interesante observar la imagen que el bibliotecario ofrece de Trigueros, a quien muestra como alguien austero y dedicado al estudio, cual filósofo. De ahí también su apodo: «el poeta filósofo». González de León además hace hincapié en la falta de presunción del toledano y en lo que se venían entendiendo como las características de un buen conversador: mesura, silencio, capacidad de escucha, pocas palabras pero precisas... (Álvarez Barrientos, 2006: 120-125).

25. Se conserva en la Biblioteca Municipal de Valencia (Col. Serrano Morales caja 6808-2).

De nuevo llevará a cabo González de León una biografía, si cabe más extensa y laudatoria, de su amigo Trigueros, cuando se dirija, unos años más tarde, el 28 de enero de 1775 al historiador y religioso Fray Rafael Rodríguez Mohedano. A este le da noticias también de «las circunstancias y obras del Poeta Filósofo». Esta relación de la vida y obra de Trigueros que hace González de León no se sale de la tónica memorialista de la época²⁶. Se alude a la honradez de la familia de Trigueros, a su aprovechamiento en los estudios, llevado de la mano en Madrid por su tío Juan Trigueros, a su espíritu de superación y de amor al trabajo, que, a pesar de padecer «continuas enfermedades», se dedica a estudiar «latinidad y poesías latinas» con un célebre maestro de la Corte. Se suceden los datos sobre su formación académica: estudió filosofía en el Colegio Mayor de Santo Tomás, aprendió prosodia latina de su amigo Carbonel y a cambio Trigueros le enseñó lengua francesa. Comenzó a escribir y Campomanes le encargó las primeras traducciones de Homero y Virgilio. En su poesía surgió el pentámetro latino adaptado a la métrica española. En 1752, llegó a Córdoba donde prosiguió con el estudio de la filosofía y se inició en teología. En 1755, pasó a Sevilla «aplicado a todo género de estudios con el mayor esmero». Allí estudió leyes y matemáticas. Su carácter enfermizo le persigue y por ello se retiró a Carmona para poder seguir sus estudios. También ejerció de autodidacta en el estudio de las lenguas griega, hebrea, italiana «y otras europeas». Y esta entrega al trabajo y multidisciplinariedad se pone de manifiesto en la variedad de obras que lleva realizadas y que González de León divide en poéticas y prosaicas. Además, enumera aquellos trabajos del toledano realizados para la Academia. Y subraya que «nada ha impreso por sí, ni ha permitido que se ponga su nombre sino en lo que la Academia publicó» (Aguilar Piñal, 2001: 221-223).²⁷

El religioso no entiende ni aprueba la reserva de Trigueros en publicar su obra y conjetura sobre los aspectos que pueden estar motivando en el toledano esta resistencia. Comenta Rodríguez Mohedano:

Permítame Vm. que diga que no apruebo el nimio escrúpulo del señor don Cándido en orden de publicación de sus obras. Veo que esta moderación puede nacer de un noble desengaño, y del profundo conocimiento de su autor o de su exquisito gusto, que es difícil halle cosas perfectas, o se satisfaga con las que no lo son. Pero igualmente *hay peligro que se cubra el amor propio de velo de modestias, y nos prive de obras excelentes por el miedo de que parezcan imperfectas*. Sé que es difícil en la poesía ser las obras buenas, y no óptimas; pero igualmente sé por la misma autoridad, que donde brillan grandes perfecciones, no afean lunares pequeños. Solamente los ignorantes, los sandios y los envidiosos, se ofenden de los defectos leves, indispensables en la flaqueza humana; y degradan el mérito sustancial de las

26. Para la literatura memorialista de la época, véanse los trabajos de DURÁN, F. (1997 y 2005).

27. Aguilar Piñal publicó completa esta correspondencia de Trigueros con Rafael Rodríguez Mohedano en 1997 y se recoge de nuevo en su estudio sobre el toledano (2001: 221-230). Esta nómina se verá completada por el propio Trigueros en carta directa a Rodríguez Mohedano. Véase el apartado siguiente de este estudio.

obras por cuatro descuidos o imperfecciones (que tal vez son aciertos) propias de la edad, o nacidos del olvido y la pereza; no siendo fáciles estar siempre despiertos en obras largas y oscuras. *¿Quién ha de esperar igual perfección y doctrina de un joven que de un hombre consumado? ¿Tanta lima y fondo en las obras de la primera edad como en la edad madura? Pero ¿quién no gusta de ver en un joven ingenioso los conatos de una feliz naturaleza?* Las *Metamorfosis* de Ovidio tienen, por razón de la edad de su autor, los defectos que reconoció él mismo. *¿Y no sentiríamos carecer de esta pieza por los vanos temores de los críticos impertinentes, el demasiado respeto a la posteridad o tal vez el amor idólatra a la fama? Los ingenios se forman, se adelantan y perfeccionan con la edad, la lectura, la reflexión, la experiencia y el progreso sucesivo de los estudios y las noticias. Sería impertinencia por no decir más, exigir tanto fruto en las plantas pequeñas como en los árboles crecidos;* y no sé que nombre merecería sofocar las producciones que no están perfectamente sazoadas (Granada, 7 de febrero de 1775. La cursiva es mía)²⁸.

Me parece interesante destacar de la argumentación del historiador el asunto relacionado con la edad. Aspecto que entiende éste como la causa más probable de la falta de interés de Trigueros por la publicación de sus obras. En este año de 1775 contaba Trigueros con 38 años, desde luego, no parece a estas alturas responder al perfil de «joven ingenioso con conatos de feliz naturaleza», y menos en el siglo XVIII. Sin embargo, sí que es cierto que a la edad de 22 años ya había escrito muchas de sus obras importantes, traducciones y demás estudios. Resulta un poco arriesgado comparar la trayectoria de Ovidio con la de Trigueros; en esto hay que reconocerle mucha generosidad a Rodríguez Mohedano. Pero también hay que ver en este tímido aplauso a la labor de los jóvenes la mentalidad moderna propia de la Ilustración, que rechaza como un valor intrínseco el hecho de que la sabiduría está exclusivamente en manos de los viejos. La edad no se establece como un valor en sí mismo, si no viene acompañada de reflexión, experiencia, progreso en los estudios; es decir, con «constante aplicación», un joven puede ser tan capaz y erudito como cualquier otro estudioso de mayor edad. Estas declaraciones también ponen de relieve la lucha generacional de la época y que sin duda se veía representada en los diferentes modelos de escritor que se difundían. Clasificación en la que no salían bien parados los jóvenes, más vinculados con lo que se entendía por una erudición vacua, fugaz, del momento, de los viajes, de las noticias de la prensa, de las traducciones teatrales; frente a la alta erudición de los sabios, de los mayores, de los clásicos. Antiguos y modernos, jóvenes y viejos, la eterna discusión que se hizo tan patente en el XVIII y que reflejan los textos y los autores que se encargaron de escribir la Historia Literaria como fueron los hermanos Mohedano desde Granada.

28. Además la carta se conserva en la Biblioteca Colombina de Sevilla (82-4-18) y fue publicada en *Archivo Hispalense*, II, 1886: 145-151.

En efecto, González de León se dedicó a difundir la producción de Trigueros y a editar su poesía, obra en la que creía sin duda por la generosidad de sus comentarios que siempre atienden en primer lugar al trabajo bien hecho en tanto que exhaustivo y laborioso.

«NO SOY UN GIGANTE, SOY SOLAMENTE UN LAPÓN»

Como ha señalado Álvarez Barrientos (2006: 181), crecía en este siglo la literatura del yo. Estos textos (noticias, elogios, memorias literarias, biografías, cartas) se hacían necesarios para los hombres de la República Literaria del XVIII, que se dedicaban a «academizar» y «construir» la historia cultural de los antiguos, de los clásicos, pero también de los modernos. Eran conscientes de la importancia de dejar rastro del quehacer de los escritores, de proyectar una imagen para el futuro, ya que se trataba de dignificar su tarea y de aportar los datos pertinentes, más o menos fidedignos, para hacer la historia literaria de España.

La modestia y contención con la que se manifiesta Trigueros en su correspondencia se pone también de relieve cuando se trata de valorar su producción. Virtudes a las que, de ser ciertas y no sólo imagen que el toledano quiere reflejar de sí mismo a la comunidad intelectual, habría que sumar la generosidad. Parece evidente que Trigueros se siente orgulloso de los trabajos que va realizando. Sin embargo, sus declaraciones son el reflejo de los parámetros de utilidad y bien público de la Ilustración. Un buen ejemplo aparece en la reflexión que le hace a González de León a raíz de enterarse de que otros han obtenido resultados plausibles en sus investigaciones sobre el historiador Estrabón. Parece que Trigueros se encontraba por esas fechas de entre 1771 y 1773 trabajando en el itinerario del geógrafo griego, pero que su enfermedad, la falta de materiales y de tiempo, le habían impedido tener terminado el estudio. Lejos de mostrarse confundido o irritado por los avances de otros, Trigueros se muestra contento con los buenos resultados y le declara a su amigo: «Yo soy un bicho que para nada es bueno si en nada sirve a su patria. Con procurar servirla me abro el camino para salir de bicho; pero si no me alegrase de que otros más felices la sirviesen con más fortuna, sería yo más bicho que antes. Amaría menos el común que a mí propio, de lo cual (no sé si será sueño) pienso estar muy lejos».

Pero la mejor valoración que de sus esfuerzos poéticos hace el propio Trigueros la encontramos en la carta, antes mencionada, que dirige a Rafael Rodríguez Mohedano en febrero de 1775. Allí le comenta:

Ciertamente yo no soy un gigante, soy solamente un lapón; me he aplicado, es verdad; pero apenas he sacado otro fruto de una perpetua lectura, que motivos para admirar los felices genios que procuro imitar, sin conseguirlo. Yo sé que en Poesía y Elocuencia no hay medio: lo que no es excelente es malo, y no soy tan vano ni tan mal conocedor que no vea que mis producciones no son excelentes. Huyo en ellas de ser afectado, y no puedo librarme de ser bajo; pretendo elevarme y me empino;

quiero pedir adornos a la historia y me hago pedante; por ser regular soy monótono y seco; esto y otras cosas como estas veo en mis escritos, y preveo que los otros verán muchas cosas más. De todo resulta que lo que hago ahora no merece ser presentado al tribunal del público. ¿Qué sería lo que hice más muchacho, cuando con más fuego de imaginación, tenía menos lectura, menos discernimiento, menos juicio poético? El respeto que debo al público me ha forzado a suprimir cuantas bagatelas de mi juventud he podido haber a las manos, no por un ciego amor de mi fama, la cual conozco que jamás será grande, mas por la grande veneración con que miro a este inmenso agregado de hombres que llamamos el público; lo que no es bueno ¿para qué puede servirle? Y si no le ha de servir ¿para qué se lo he de presentar? ¿Quizá para entretenerle? Quien le entretiene sin aprovecharle, le daña. Pero no puedo negar que no solo venero, mas temo también este público que tanto respeto, y este temor ha hecho y creo que hará que rehúse presentar mi nombre ante un tribunal tan inapelable. Al fin le han presentado sin mi nombre algunos papelillos, y determinado sin el Poeta filósofo, y parece que se ha dignado mirarlos con ojos indulgentes. Yo no puedo dejar de agradecer el buen ánimo del que por amistad lo procuró, y de los que, como V.R. le alientan a proseguir tal obra; pero tampoco puedo despojarme de mi justo temor. Si alguna vez pudiera ser disculpable la confianza propia, creo que en ninguna ocasión menos que en la que me sacan a luz, adornado con el juicio y desengañado título de Filósofo. Entre tanto, veo con gran complacencia los esfuerzos con que V.R. procura poner en práctica su benéfico sistema de no amedrentar sino de alentar y animar los ingenios para que se facilite en la Nación una provechosa fermentación espiritual.

No es menor la complacencia con que veo el indulgente juicio que V.R. ha formado de la parte que ha visto del Poeta filósofo; y ciertamente vamos algo distantes porque (hablo con lisura filosófica) en el primero hallo yo algunas cosas de las que V.R. le alaba, pero me parece y me ha parecido siempre algo pedantesco. Con la misma que yo uso, quiero y suplico a V.R. que me hable de esta y de las demás obrillas que leyere más. V.R. es el juez competente, y yo deseo más su censura que su elogio, aunque tan apreciada. Para dar motivo a ello tomo el atrevimiento de remitir adjuntos esos 3 poemas que acaban de publicarse, con unas advertencias sobre el género de verso, a que dio motivo una carta del sabio Pérez Bayer, Maestro de los Serenísimos Infantes. Ruego a V.R. que no haga el papel de amigo, sino el de crítico, y me diga su parecer²⁹.

En esta suerte de autobiografía apreciamos el interés de Trigueros por recibir críticas, más que alabanzas de amigos, con la finalidad de aprender y mejorar. Sin embargo, lo más interesante de estas declaraciones está en su alusión directa al público para el que escribe, con la intención horaciana de enseñarle, antes que entretenerle. Un público erudito, evidentemente, cultivado, como sus colegas de la Academia de las Buenas Letras o como Jovellanos, con quien también se cartea en estos términos. Sus palabras siguen los principios más estrictamente ilustrados de

29. La carta se conserva, en borrador, en la Real Academia de la Historia (9-6049).

la instrucción y de la utilidad pública. El trabajo propio en beneficio de la nación, y con la modestia como bandera.

Pese a todo, la imagen de Trigueros que se desprende de esta correspondencia no es la de un erudito carente de orgullo. En ocasiones, el toledano se muestra complaciente con la labor realizada. En 1775 le escribe a González de León y comienza por declararle: «Acabo de hacer uno de los mejores trabajos que he hecho en mi vida». Pero sí que se cuidó mucho, al menos en su correspondencia, de manifestaciones engreídas, altaneras o pedantes.

Cierto espíritu melancólico, acrecentado por la distancia y la enfermedad, moderación en las formas, ironía, humor, ecuanimidad, laboriosidad, rasgos todos ellos que responden a la perfección con la imagen idealizada de escritor y de hombre de la Ilustración. Solo queda una pieza «ilustrada» para acabar de encajar el rompecabezas del retrato de Cándido María Trigueros que nos presenta su correspondencia. Pieza fundamental, que se ha venido apuntando, y que le inserta definitivamente dentro de la erudición prominente y valorada del período ilustrado: la multidisciplinariedad.

UN MOSAICO DE SABERES Y UN MÉTODO DE TRABAJO

Su correspondencia muestra los intereses propios de un ilustrado, de un académico. En primera instancia, Trigueros revela afición por la numismática, la epigrafía, la historia, la filología, la literatura, la botánica, la educación. Saberes e intereses misceláneos proyectados en España pero que sistemáticamente parten de lecturas, discursos, textos y disertaciones de griegos y romanos principalmente. Los clásicos como referente cultural, filosófico e idiomático que explican la evolución de la nación desde cualquier dimensión. Clasicismo, conocimiento enciclopédico, filológico, interés por las lenguas clásicas y por las modernas, y espíritu científico, analítico. Trigueros quiere contribuir y explicar la historia de la cultura en España, este es el tema y estos son asuntos recurrentes en sus cartas. No cabe duda de que se trata de un escritor de la Ilustración, interesado por cuestiones historiográficas y buen conocedor de las aportaciones del mundo grecolatino.

Las primeras cartas que se conservan ya dan cuenta de esta realidad. Una buena muestra es el correo que mantuvo con Gregorio Mayans a tenor de la Historia de la Religión en España de los primeros pobladores, que estaba llevando a cabo. En una extensa carta en latín solicita al valenciano bibliografía para su trabajo (11 de diciembre de 1758).

Pero este es solo el preámbulo de los cuarenta años de correspondencia que se conservan de Cándido María Trigueros porque, tal y como se ha comentado al comienzo de este trabajo, las 168 cartas que se conservan del escritor muestran esta inquietud por saberes misceláneos. Su correspondencia puede ser clasificada conforme a las variadas disciplinas de las que se ocupó y que dan cuenta de las publicaciones que se conservan del erudito. Aguilar Piñal en su trabajo del año 1987 sobre la biografía y producción de Cándido María Trigueros ya señaló las

disciplinas a las que se dedicó, su inserción y colaboración con el círculo cultural sevillano, así como sus diferentes facetas literarias, su trabajo como académico, como bibliotecario de los Reales Estudios, etc. Y, de hecho, en este trabajo referencial e imprescindible para conocer la figura de Trigueros, se encuentran extractos de muchas de sus cartas con los diversos interlocutores con los que trató para llevar adelante sus proyectos. La trayectoria vital y profesional de Trigueros ya ha sido analizada por Aguilar Piñal (1987, 2001) y estas cartas no hacen sino corroborar lo expuesto. Por ello, nos vamos a ceñir a una sencilla clasificación, atendiendo a los dos focos culturales en los que se desarrolló: Sevilla y Madrid; y a las disciplinas e interlocutores con los que mantuvo correspondencia.

Antes de clasificar esta correspondencia quisiera dar cuenta del método de trabajo común a cualquiera de las tareas con las que se enfrentó el toledano. Porque gracias a estas cartas vemos al intelectual en el proceso de investigación. Le vemos trabajar en el tiempo. Las fases habituales de su trabajo son: documentación, trabajo de campo, investigación, escritura y publicación de resultados. Su correspondencia nos señala los pasos y los interlocutores concretos.

En el proceso de *documentación* aparecen cartas en las que solicita libros y materiales útiles, según la disciplina. En Carmona, fue su colega el conde de Águila, quien gracias a su espléndida biblioteca y a sus contactos, le solía facilitar ejemplares. Trigueros consiguió estar exento de la prohibición que pesaba sobre algunos libros y autores extranjeros, sin embargo, por la carta que le envió al Inquisidor, y que ya hemos apuntado en nota, no siempre le fue sencillo conseguir ciertos volúmenes. Para el trabajo de campo, especialmente aquel que estuvo relacionado con las inscripciones, numismática y asuntos históricos contó con diversos amigos intelectuales, pero también con gente de Carmona que le informaba sobre tal o cual resto que tal vez podía ser de su interés; ayuda semejante tuvo para sus primeros trabajos de botánica en la ciudad sevillana. Es entonces cuando comienza a cartearse con Casimiro Gómez Ortega. Uno de los pocos con los que mantendrá correspondencia fluida en diferentes períodos³⁰.

Un ejemplo significativo de su *trabajo de campo* aparece en su proceso de localización de inscripciones. El mismo Trigueros cuenta que solía copiarlas siguiendo el método que le había explicado José Cevallos en una carta el 14 de junio de 1772: «La copia es fácil, sacando tiras de papel blanco del tamaño del renglón y letras, y poniéndolas encima y estrechando con primor con los dedos, quedan impresas, y después darlas con tinta de la china, y quedan hermosísimas».

La fase de *investigación* es la que más juego da en su correspondencia. Trigueros suele recurrir a aquellos que él considera especialistas en cada materia, tanto si eran conocidos suyos como si no. Así consulta al citado Mayans, a Antonio Cavanilles, a Rodríguez Mohedano, etc. Suele realizarles preguntas

30. Un estudio sobre esta correspondencia puede verse en BASANTE POL, R. M.^a y CASTILLO TELLO, M. (1981).

específicas que reflejan el amplio conocimiento y el laborioso trabajo previo de *escritura* que Trigueros ya ha realizado. Son consultas concretas, datos que no consigue descifrar y que en su deseo de ser exhaustivo y acertado se esfuerza por solucionar. Un ejemplo de este minucioso proceder lo observamos en la carta que le escribe a Jovellanos cuando está trabajando en *Columela* con respecto a la traducción del término «*natrix*» (10 de febrero de 1778). Asunto que da para cuatro folios en los que expone las diversas fuentes que ha consultado y en los que manifiesta las opciones que baraja, pidiendo, lógicamente, consejo al experto. Al tiempo que investiga y escribe, suele ir contando sus inquietudes y avances a su amigo González de León, quien será, como ya se ha señalado, el verdadero promotor de la difusión y edición de la obra de Trigueros. También Cevallos se encargó de divulgar algunos de sus trabajos por la Academia de la Historia para su posterior impresión, como comprobamos por las ediciones de los trabajos de Trigueros que se conservan. En esta última fase de trabajo, el de la *publicación*, siempre aparecen elementos complejos de la política cultural del momento, que sacan a la luz las rencillas literarias, las confrontaciones entre unos y otros, batallas culturales varias, que no siempre permiten llevar a buen puerto las laboriosas investigaciones y creaciones de Trigueros.

CARTAS DESDE CARMONA-SEVILLA (1758-1785)³¹

TEMAS-MATERIAS	AÑOS	DESTINATARIOS-EMISORES
HISTORIA		
Historia de la Religión	1758-1759	Gregorio Mayans, Juan Nepomuceno González de León
	1766	Inquisidor General de Sevilla
Historia literaria	1775	Rafael Rodríguez Mohedano y Juan Nepomuceno González de León
PROYECTOS		
Plan de estudios	1770	Conde de Águila, Juan Nepomuceno González de León
Hospicio	1784	Pedro López de Lerena

31. No se ha incluido en esta ficha aquella correspondencia de Trigueros con las autoridades religiosas a las que, en diferentes ocasiones, se dirigía y rendía cuentas. Sólo se citan las cartas relacionadas con las disciplinas aquí recogidas.

TEMAS-MATERIAS	AÑOS	DESTINATARIOS-EMISORES
EPIGRAFÍA NUMISMÁTICA Y MONEDAS	1771-1772	José Cevallos, Sebastián Antonio de Cortés
	1778	Francisco de Bruna, Juan Nepomuceno González de León y Ponce
FILOLOGÍA	1774	Francisco Pérez Bayer, Juan Nepomuceno González de León, Juan Palomino y Guevara, Gregorio Mayans, José López de Sedano
Lengua hebrea	1775	Fray Joaquín de Quirós
Poesía de Melchor 1776 Juan Nepomuceno, González de León, Díaz de Toledo	1776	Juan Nepomuceno González de León, José López de Sedano, Rafael Rodríguez Mohedano
Columela	1778	José Álvarez de Toledo y Gonzaga, Marqués de Villafranca, Francisco de Bruna, Jovellanos, José de Araujo y Cérigo
OBRA DE CREACIÓN		
La poesía filosófica	1775	Juan Gutiérrez de Piñeres, Teodomiro Ignacio Díaz de la Vega, Vicente de los Ríos, Joaquín Ibáñez Cuevas, Marqués de la Cañada, José de Mier
	1778	José López de Sedano, Joaquín Ibáñez Cuevas, Marqués de la Cañada, Juan Nepomuceno González de León, Jovellanos
	1783	Jovellanos
El poema <i>La Riada</i>	1784	Tomás de Iriarte, Raulin d'Essars, Antonio Cavanilles
	1785	Florián, Juan Bautista Muñoz
La pieza teatral <i>Los Menestrales</i> El poema <i>La España</i>	1784	Jovellanos
BOTÁNICA	1779-1781	Casimiro Gómez de Ortega
	1783	Antonio Palau y Verdera, José Pérez Caballero
	1784	Juan Bautista Muñoz, Casimiro Gómez Ortega y Antonio Cavanilles
	1785	Antonio Cavanilles

CARTAS DESDE MADRID (1786-1797)³²

TEMAS-MATERIAS	AÑOS	DESTINATARIOS-EMISORES
MONEDAS	1790	Miguel de Manuel
HISTORIA		
Historia de la Biblioteca	1793	Fray Manuel Abad y Lasierra
Memorias de la Academia de la Historia	1796-1797	Antonio Capmany y Montpalau

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR PIÑAL, Francisco. *La Sevilla de Olavide, 1767-1778*. Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla, 1966.
- *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*. Madrid: CSIC, 1981-2001, 10 vols.
- «La polémica teatral de 1788», *Dieciocho*, 9, 1986, pp. 7-23.
- *Un escritor ilustrado: Cándido M.ª Trigueros*. Madrid: CSIC, 1987.
- *Temas sevillanos*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1992.
- «Fray Rafael Rodríguez Mohedano (1722-1787) y Cándido María Trigueros (1736-1798). Homenaje a Trigueros en el segundo centenario de su muerte», *Crónica Nova*, 24, 1997, pp. 317-335.
- *El académico Cándido María Trigueros (1736-1798)*. Madrid: Real Academia de la Historia, 2001.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en España entre 1789 y 1833*. Madrid: Biblioteca Nueva/Universidad de Cádiz, 2004.
- *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII. Apóstoles y arribistas*. Madrid: Castalia, 2006.
- BASANTE POL, Rosa María y CASTILLO TELLO, Mercedes. «La correspondencia dirigida a don Casimiro Gómez Ortega por D. Cándido María Trigueros», *Boletín de la Sociedad Española de la Historia de la Farmacia*, 32, 1981, pp. 137-147.
- BOLUFER, Mónica. *Mujeres e Ilustración. La construcción de la feminidad en la España del siglo XVIII*. Valencia: Institució Alfons el Magnànim, 1998.
- «Escritura femenina y publicación en el siglo XVIII: de la expresión personal a la "República de las Letras"». En *Género y ciudadanía*. Madrid: Universidad Autónoma, 1999, pp. 197-223.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando. *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII-XIX)*. Madrid: Ollero & Ramos, 1997.
- *Vidas de sabios. El nacimiento de la autobiografía moderna en España (1733-1848)*. Madrid: CSIC, 2005.

32. Se conservan muy pocas cartas de este período si no se tienen en cuenta las publicadas en la prensa. La mayoría responden a diferentes polémicas divulgadas en el *Diario de Madrid* durante 1788-1789. En este cuadro se registran el resto.

- FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro. *Epistolario de Leandro Fernández de Moratín*, edición de René Andioc. Madrid: Castalia, 1973.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. *Vivir de la pluma. La profesionalización del escritor, 1836-1936*. Madrid: Marcial Pons Historia, 2009.
- PÉREZ MAGALLÓN, Jesús. *Construyendo la modernidad: la cultura española en el tiempo de los novatores (1675-1725)*. Madrid: CSIC, 2002.
- ROMERO TOBAR, Leonardo; EZAMA GIL, M.^a Ángeles y SERRANO ASENJO, Enrique. *Juan Valera. Correspondencia (años 1847-1861). Volumen I*. Madrid: Castalia, 2002.
- SAMANIEGO, Félix María de. *El jardín de Venus. Cuentos eróticos y burlescos con una coda de poesías verdes*, edición e introducción de Emilio PALACIOS FERNÁNDEZ. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004.
- TRIGUEROS, Cándido M.^a. *Teatro español burlesco o Quijote de los teatros (1802)*, edición de M.^a José RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN. Salamanca: GESXVIII/Plaza Universitaria Editores, 2001.